

se bregan por mejorar el nivel de la ciencia en el país

JOVENES DE LA ARGENTINA



"Es como ser inventor; nunca se sabe qué sucederá con lo que hacemos" (Claudia Tomes, arriba). "Resolver la contradicción de irse o no depende de una" (Patricia Pardo).



José Oubiña sabe que el investigador argentino tiene que adecuarse a la realidad que vive el país, reemplazando con ingenio la carencia de recursos. "No nos vamos a quejar por estar usando frasquitos de mayonesa -sonríe-; al menos, tenemos el aparato de esterilización. Algunas carencias tecnológicas se suplantán con perseverancia y con mucho amor a lo que uno está haciendo."

Oubiña se acuerda del doctor Leloir. "Nos decía que, muchas veces, un experimento produce desasosiego cuando sale una y diez veces mal -cuenta-; pero después, cuando se logra el resultado esperado, la sensación interna es indescriptible."

Pero el atraso tecnológico, muchas veces, se debe también al miedo frente al cambio de metodología. "Estoy seguro de que si se ofreciera un sistema de computación a los docentes argentinos -se aventura Alfredo-, la mayoría lo rechazaría."

LA TENTACION DEL EXILIO

La fuga de cerebros es un problema de antigua data en la Argentina: todos los años el país pierde una importante cantidad de profesionales después de haberlos formado. Sin embargo, en el caso de los investigadores, el traspasar las fronteras también aparece como una necesidad ineludible en la formación profesional. "Yo quiero doctorarme acá -dice Claudia Tomes-, estoy estudiando para eso. Después, es casi seguro que me voy, pero para volver -subraya-; ir al exterior es una necesidad académica para los que hacemos investigación."

El matemático Andrés Fundas, en cambio, piensa hacer su doctorado en el exterior. "Este año nos vamos 11 de los 25 licenciados en matemáticas que nos recibimos en los últimos dos años -informa-; de todos los que salimos yo soy el único que está convencido de volver."

Juan Pablo, que ya estuvo en el exterior becado junto con su esposa, explica la tentación del exilio. "El panorama para el investigador es muy negro en nuestro país -dice-; además, los profesionales argentinos son muy bien recibidos en otras partes. Y después de ver lo maravillosos que son esos laboratorios y los sueldos razonables con que allí se investiga... hay que volver a esta economía donde el investigador está mal remunerado y trabaja en condiciones muy precarias."

A pesar de estas observaciones, Rossi volvió, y está muy conforme de haberlo hecho. "Sí... -dice-, volvimos porque somos latinos, porque nos atrae la familia, el lugar donde nacimos, los amigos y todas esas cosas... Pero a veces -sonríe- uno se pregunta si volvimos por esa cuestión de los afectos... o porque somos giles."

Marina Echeverrigaray, de 28, otra becaria del CONICET, también siente el problema. "Hay algo más que el

dinero en esto de irse -afirma-, hay mucho de vocación. Pero la duda es constante..."

Algunas voces pentonistas se levantan en el grupo. "Yo no quiero irme a vivir afuera -se oye-, pero sé que a la larga voy a terminar emigrando."

A pesar de las dificultades, de las tentaciones incluso, José Oubiña está convencido de que es necesario salir. "Tenemos que formarnos afuera para adquirir una tecnología que no se encuentra a nuestro alcance -subraya-, pero sería poca agradecerle irse y no volver. En definitiva, uno recibirá todo del país... y está obligado a devolvérselo."

Oubiña también estuvo en el extranjero. "Concretamente, en Suiza, con una beca de la Organización Mundial de la Salud -cuenta-, allí aprendí a valorar muchas cosas que tenemos."

El nivel tecnológico de Suiza -opina Oubiña- es francamente superior al argentino. "Pero el trabajo de investigación no es distinto -subraya-, allí aprendí a valorar los buenos resultados que aquí logramos con lo poco que tenemos."

CONOCERSE Y HACERSE CONOCER

El método de validar el trabajo de estos investigadores -informa Demetrio Sujanoff- es publicar sus resultados en las revistas científicas internacionales, casi todas europeas y norteamericanas. "Muchas veces pasa que se manda un trabajo para que se publique -dice Demetrio-, y llega después la respuesta diciendo que esa información ya es conocida desde hace años. Aquí, sin embargo, nadie se había enterado..."

La incomunicación, por supuesto, conspira contra el trabajo de estos jóvenes. "En la biblioteca de Ciencias Exactas -ejemplifica Demetrio- es común que no se encuentren muchos números de estas revistas; en su momento no se compraron por falta de plata", dice.

Hay que restablecer el contacto con los trabajos que se realizan en los "centros de punta" de la investigación -como dice Oubiña-, pero la incomunicación es tremenda, sobre todo, con los países del Tercer Mundo. "Fuera de lo que pasa en los países desarrollados -subraya Juan Pablo-, no se sabe nada. Jamás estudio científico originado en el Tercer Mundo cita a otro trabajo del mismo Tercer Mundo..."

Y la dependencia, claro está, se pone agudamente de manifiesto en esto de conocerse y hacerse conocer. "En nuestro país se juega la labor de los científicos de acuerdo con la cantidad de artículos que haya publicado en revistas europeas y norteamericanas -informa Juan Pablo-, las que existen en la Argentina casi no tienen resonancia en el medio internacional. Se publica aquí solamente como último recurso..."

Alejandro Waisman